



Lo que hay en Norteamérica es de los españoles. O al revés. Conviene, sin embargo, advertir que, aunque a primera vista pudiera parecer ésta una teoría reversible, una especie de «tanto monta, monta tanto», la teoría cambia radicalmente si cambia el enunciado. A pesar de las apariencias no es igual que lo que haya en Norteamérica sea de los españoles que «lo que haya en España sea de los norteamericanos». En Norteamérica hay más cosas —no por nada, sino porque es más grande— por lo cual si lo que hay en Norteamérica fuese de los españoles es indudable que los españoles saldríamos ganando. Ahora bien, si fuese al contrario, si lo que hay en España fuese de los norteamericanos, como en nuestro país hay menos cosas —es mucho más pequeño— Norteamérica saldría perdiendo. Algunos ingenuos pensarán: «Si ellos pierden, está claro que

LO QUE HAY EN NORTEAMERICA...

ganamos nosotros». Pues no. España no saldría ganando por una razón muy sencilla: porque el hecho de que lo que hay en España sea de los norteamericanos no supone que lo que hay en Norteamérica sea de los españoles. Si así fuese, más de un desaprensivo aprovecharía la coyuntura para apoderarse de la General Motors o para cambiar su teléfono por la ITT. Si así fuera, nos podríamos dar con un canto en los dientes. Y debe ser cosa

de la Providencia que no quiere que andemos a cantazos con la dentadura. El caso es que nada supone lo contrario, y por eso, si lo que hay en España es de los norteamericanos, lo que hay en Norteamérica puede no ser de los españoles. Se dan, sin embargo, casos bastante confusos; por ejemplo: Jesús Hermida. ¿Es de los norteamericanos, o de los españoles? Como vive en Norteamérica, parece lógico pensar que es de los norteamericanos, pero como es español, también. De cualquier manera, es éste un caso especial y habría que ponerlo en manos del derecho internacional para saber a qué atenerse. De momento, lo mejor es ir haciéndose a la idea de que lo que hay en Norteamérica es de los españoles y pedir derecho de voto —aunque sea de castidad— para poder participar en el próximo impeachment.

TOLA



DE LAS ASOCIACIONES

El tema es bastante original, ya se dan cuenta. Una asociación es un partido político sometido a un proceso físico-químico, no existiendo la menor posibilidad de que al final del proceso lo que resulte se parezca ni poco ni mucho a lo que era. Los más rebeldes suponen que en el fondo de la asociación estará el «tesoro indiscreto» del partido, de igual manera que nuestros ilustres sociólogos suponen que en el fondo de su sociologismo está el socialismo. Mera ilusión de los sentidos. Esa ilusión proviene de dar más importancia a los hechos que a las palabras. El mundo de los hechos es un mecanicismo inerte en el que sólo la palabra es capaz de introducir cambios cualitativos. Y si no lo creen ahí tienen la prueba. La palabra «asociación», que no refleja nada existente, es más real que el hecho que describe, que es un partido político. Pero la frase «partido político» también es más real que el hecho que describe, que es una asociación. El error está en confundir lo que es concebible con la realidad. Estamos tratando de adaptar las palabras a los hechos, y al final nos espera no ya la catástrofe semántica, sino, lisa y llanamente, la catástrofe. Si yo digo «corazón», es evidente que merezco innumerables felicitaciones. Difícilmente podríamos llamar al corazón de otra manera. Es más, se trata de un órgano que, más o menos, tiene forma de corazón. Lo mismo pasa con la palabra «gato». ¿Imagina alguien que los gatos tuviesen forma de perros o de camaleones? Lo que hace que el corazón sea un corazón, y el gato un gato, es la palabra, no el hecho. Es la palabra «gato» la que nos da idea de los gatos. La palabra es lo evidente, lo obvio. Porque si hubiéramos llamado gatos a los perros desde un principio, al ver un perro nuestra idea de los gatos habría sido una idea bastante equivocada. Un gato, o a lo que nosotros llamamos gato, será o no un remolino atómico, pero la palabra «gato» es inmortal, es indivisible, como el destino.

Todo lo que sea ver las asociaciones políticas a otra luz, es no haber oído hablar de Edison ni de la bombilla eléctrica.

LICANTROPO